



Marie José Paz (1934-2018)

Fue más que la compañera de Octavio Paz: artista por méritos propios, mantuvo una voz y una conciencia crítica en constante diálogo con el poeta. El perfil y la muestra de su obra que presentamos en este número lo confirman.

Fotografía: Archivo Paulina Lavista

“Eras la fuente que reía”

AURELIO ASIAIN

P

RIMERO FUE, naturalmente, una imagen en un poema, quizá la muchacha que lee y come un durazno sobre la colcha roja, y muy pronto un espejeo de imágenes sucesivas, Esplendor repartida entre los dioses o el latido en la sombra y la respiración

dormida al lado del insomne, cifra clara del ritmo que concierta su conciencia. Ese espejismo cambiante era un tejido de palabras, pero no solo las del poeta, que

además de soñarla con ojos bien abiertos le era todo oídos, sino las de ella misma: la imagen era también una voz, unas veces entrecomillada, otras veces aludida, con frecuencia sobrentendida, casi siempre, sin duda, inadvertida. Y era también, por supuesto, siempre, un oído: la espiral por la que subían y bajaban, buscándose, esas palabras. Pero una cosa es cierta: la mujer de la que hablan, con la que hablan, para la que hablan tantos poemas de Paz no era, no fue nunca, un personaje literario —he ahí la diferencia esencial entre una novela y un poema— sino una persona: una presencia viva y un enigma impenetrable.

En los años setenta la revista *Plural* llegaba a casa cada mes, y ahí leí algunos de sus poemas, traducidos por Octavio Paz y publicados bajo un pseudónimo: Yesé Amory, falso anagrama y evidente juego fonético. Los recuerdo vivamente y sé que me encantaron antes de enterarme (más o menos pronto, creo ahora que por mi madre, lingüista y traductora discípula

y amiga de Tomás Segovia, secretario de redacción de *Plural*) de la identidad que velaba ese nombre con el que Marie Jo firmó no solo los poemas de *Plural*, sino también sus traducciones al francés de Tomlinson y otras colaboraciones para *Nouveau Commerce*, la revista de André Dalmas que retomó en los años sesenta el nombre, aunque no la estafeta, de la medular *Commerce* de Paul Valéry. Digo con toda intención que esos poemas me *encantaron*: su primera virtud es la misma gracia seductora que imantaba la conversación de la autora y que, si recordaba ciertos poemas de Octavio Paz, era porque compartía con ellos el aire de familia común a un grupo de escritores en la periferia del surrealismo como Francis Ponge, Georges Schehadé o, más recientemente, Claude Michel Cluny. La gracia de un espíritu vivaz y alerta, hecha de levedad, ingenio, sentido del humor y disponibilidad al asombro o, para decirlo con palabras de Paz, “facultad de maravillarse”. El más extenso de esos poemas –pueden leerse ahora en *Versiones y diversiones*– es un relato fantástico; otro es el siguiente ejercicio de *found poetry*:

TAL CUAL

La estación está abierta todos los días
pero los domingos y días feriados
el servicio de expediciones está cerrado
para ataúdes y urnas
funerarias
animales vivos
productos alimenticios anotados en la tarifa N.º 3
cerveza sidra zumo de peras
capullos y hojas de morera
flores recién cortadas
botes de leche vacíos
productos farmacéuticos
vino blanco dulce de ciruelas.

EL SERVICIO DE EXPEDICIONES ESTÁ CERRADO

Found poetry: poesía leída, la lectura como método de escritura. El poema hace pensar en el doble movimiento de disociación y recomposición que Yves Bonnefoy describió en su ensayo sobre los *collages* de Marie José. Esas piezas, armadas de referencias y guiños tanto como de *objets trouvés*, surgen de la exploración del desván y el mercado de pulgas, pero son también ejercicios de lectura expresados, como escribió Pere Gimferrer, “mediante artefactos que en sí mismos adquieren entidad plástica autónoma y se convierten, exentos, en turbadoras realidades líricas manifestadas”. Alberto Ruy Sánchez ha señalado con perspicacia cómo la serie dedicada a los personajes de Proust traduce el carácter de esos personajes que “no son una psicología” sino “un caleidoscopio de pasiones y relaciones” a un juego geométrico para, prodigiosamente,

capturar su naturaleza esencial. Los breves poemas que Octavio Paz escribió en respuesta a algunos de esos *collages* parten casi siempre de una enunciación de sus componentes, juegan a no hacer sino describirlos, a hacerse eco de lo que dicen en silencio, y así muestran cómo, a fin de cuentas, son instrumentos de navegación.

Mucho más sencillo, pero no menos eficaz, es el procedimiento de esta imagen en ralentí:

ENIGMA

pero
por
qué
diablos
esa
vieja
dama
de
guantes
blancos
de
primera
comunidad
compra
en el
drug
store
de Walnut
Street
quince
pre
ser
vativos?

La escena hace pensar en las de una serie de epigramas de *Ladera este* (“El otro”, “Golden Lotuses”, “Efectos del bautismo”, “Madurai”, alguna estrofa de “Utacamud”, pero también pasajes de poemas más largos) que han llamado la atención de algunos críticos por un sentido del humor infrecuente en la poesía de Paz. (Aunque menos infrecuente de lo que se cree; hay ejemplos posteriores, pero ciertamente ninguno anterior.) La novedad de esos epigramas no está tanto en el género como en que son los primeros poemas, en la obra de Paz, que surgen evidentemente de la conversación cómplice. Una conversación en esos ejemplos ligera y divertida, un poco *salonnière* y muy maliciosa, pero que puede muy bien percibirse más apasionada e intensa en otros momentos de la obra, a la que nutrió sin duda sin cesar. Naturalmente, era Marie Jo la primera lectora y comentarista de todo cuanto Paz escribía, y su juicio el primero y el último al que se confiaba. Está en sus poemas no solo como motivo y fuente de inspiración,

también de una manera menos visible, como el oído que imanta su voz y como orientación crítica.

La lectura fue su primer vínculo. Según contaba Marie Jo (le escuchamos varias veces la historia a lo largo de los años, cada vez levemente distinta, como ocurre siempre), el pretexto al que recurrió él para iniciar la conversación fue el libro que le vio en las manos: *Modeste Mignon*, una pieza menor del ciclo de *La comedia humana* que, para su sorpresa, Paz conocía con minucia y sobre la que había reflexionado (no tan curiosamente, pues la reflexión sobre la poesía alimenta la trama del relato, en el que la protagonista se enamora de un poeta, al que conquista). Desde entonces, su conversación no dejó de girar alrededor de la lectura, y puede decirse que de ahí surgía en parte esa “impresión de complementariedad tan intensa como dichosa” que dejaban en sus amigos (la frase es de Bonnefoy).

Otro de los poemas de Yesé Amory traducidos por Octavio Paz es “Estrías”, compuesto de tres fragmentos unidos por el tono, la temperatura y, secretamente, un hilo narrativo. El segundo refiere brevemente un acceso de cólera del poeta y un pleito doméstico:

La próxima vez que te desmandes, te inocularé un virus.
No un virus potente, no: un virus apenas virus, lo justo para atarantarte y, sin acabarte, hacer que pierdas un poco de tu arrogancia.
Entonces, ah, entonces, vuelves a ser eucalipto. Dulce vuelve a ser mi noche entre tus ramas.

Paz dio su irónica versión de los hechos en un poema épico fantástico de casi un centenar de versos: “La guerra de la dríada o Vuelve a ser eucalipto”, en que la amada enemiga es una encarnación de la pasión crítica. Ellos discuten, él se enardece y ella, sin dejar de reír, lo desarma.

tu artillería
disparaba desde estribor,
desmantelaba mis premisas,
hacía añicos mis consiguientes,
tus espejos ustorios
incendiaban mis convicciones

El que habla, en cambio, es una conciencia que se recompe, empecinada en su desvarío:

el insomnio encendió su bujía,
su luz díscola iluminó mi noche,
inspiraciones, conspiraciones, inmolaciones,

Al final, la reconciliación llega desde la otra orilla:

Vuelve a ser eucalipto, dijiste,

el viento mecía mi follaje,
yo callaba y el viento hablaba,
murmullo de palabras que eran hojas,
verdes chisporroteos, lenguas de agua,
tendida al pie del eucalipto
tú eras la fuente que reía,
vaivén de los ramajes sigilosos,
eras tú, era la brisa que volvía.

Eucalipto: bien oculto. Árbol de la respiración abierta. La estrofa tiene interés entre otras cosas porque anticipa la célebre coda del último poema largo de Paz, su “Carta de creencia”:

Tal vez amar es aprender
a caminar por este mundo.
Aprender a quedarnos quietos
como el tilo y la encina de la fábula.
Aprender a mirar.
Tu mirada es sembradora.
Plantó un árbol.
Yo hablo
porque tú meces los follajes.

Es notable también porque deja ver que “tu mirada” implica “tu voz” y “tus palabras”. Pero hay más. En los dos fragmentos, el amor obra una metamorfosis redentora tras la cual, por vía del silencio y la quietud, los amantes se resuelven en árboles. La referencia a Ovidio (“el tilo y la encina de la fábula”) y la promesa del amante que anuncia, en las “Estrías” de Yesé Amory, “Abriré para ti el Jardín de las Metamorfosis”, hacen pensar que los tres poemas de los dos autores tienen, entre sus orígenes circunstanciales, la frequentación del gran poeta latino.

Alguna vez le pregunté a Marie Jo por qué no había publicado más poemas. Me respondió que, estando al lado de Octavio, era un poco absurdo. Pero nunca dejó de escribir. Una de las últimas veces que la vimos, en una comida en ocasión de su cumpleaños, nos dedicó una edición de *Figuras y figuraciones* con “esta veleidad de haiku:

la lune
à son premier quartier,
un cil sur ta joue.”

(Luna en cuarto creciente,
una pestaña sobre tu mejilla.)

Es fama que alguna vez, al llenar en un formulario la casilla de su profesión, Marie Jo, alentada por Octavio, escribió: *musa*. Lo contaba muerta de risa. Cuando Elena Poniatowska recordó la anécdota

hace unos años, en las redes sociales corrió la indignación: ¡misoginia! ¡sumisión! ¡humillación! ¡En pleno siglo XXI! No es necesario haberlos conocido: cualquiera que haya leído con atención los poemas de Paz advierte que ella no era un mero objeto de contemplación, sino una voz activa y una conciencia vigilante. La verdadera musa de Octavio Paz era la pasión crítica. Eso era Marie Jo. —

AURELIO ASIAIN es poeta y miembro del consejo editorial de *Letras Libres*. Editó y prologó *Japón en Octavio Paz* (FCE, 2014).

Bronce

MARIE JOSÉ PAZ

El siguiente texto, que recuperamos para recordar la obra de Marie José Paz, se publicó en Plural, en marzo de 1974.

Firmado con el pseudónimo de Yésé Amory, “una joven escritora francesa”, no se consigna el nombre del traductor.

La versión al español, de acuerdo con Fabienne Bradu, es de Octavio Paz.

SIN EMBARGO, no era la primera vez que atravesaba el Common: ¿cómo no la había visto antes? Imposible que así, de la noche a la mañana, hubiese brotado de la tierra —el periódico de la universidad lo habría dicho inmediatamente—. Quizás habían talado los macizos que la rodeaban y a eso se debía su repentina aparición o quizá nunca había tomado ese sendero transversal —a no ser que al caminar por allí estuviese siempre distraída—. En cambio, sabía perfectamente que allá, en el otro extremo del parque, inmutable, estaba la estatua de Lincoln, gris y lúgubre como un guante de seda, dominada por un arbotante sobre el cual se levantaba otra estatua, menos gris aunque no menos taciturna, más alta que las copas de los árboles más altos. Enfundada en su levita de adusta piedra, se perdía en la bruma, ella misma convertida en bulto de bruma. Un poco más lejos, en la plaza Walden, estaba la atrayente estatua de Sumner, profeta elegante y apasionado de la lucha contra la esclavitud —sentado, verde y pétreo, insólito en su lánguida postura de salón en medio del cruce-ro más transitado de la ciudad—. En el centro del campus se hallaba la otra —la del personaje que había dado su nombre a la universidad—. Como no se sabía nada de él (tampoco sabemos nada de Lautréamont, se dijo mentalmente, ¿cómo será la suya, si es que alguna vez le erigen una?), salvo que había dado una docena de

libros y un poco de dinero para establecer un colegio, le habían esculpido un rostro byroniano que, cuando hacía buen tiempo, se multiplicaba en los reflejos que rebotaban en los altos ventanales del University Hall.

No, no se recobraba del estupor que le causaba ver ahí, de pronto, a la salida del caminillo, esa silueta de un verde jade casi cegador, alta sobre su pedestal, dominando la arboleda del lado derecho del Common. Primero se le apareció de espaldas, ancho de hombros, el talle bien ajustado por un saco de largos faldones, la nuca tupida, cuerpo grande y bien plantado, los muslos vigorosos ceñidos por un pantalón corto abotonado en las rodillas y las piernas musculosas forradas por un par de medias. El hombre estaba tocado por un sombrero de alta copa. Impaciente, dio la vuelta para verlo de frente. Las alas del sombrero —donde el hielo había formado una pluma brillante— sombreaban unos ojos que parecían vivos. Una expresión juvenil e intensa animaba su rostro; los labios espesos se plegaban levemente en una sonrisa indecisa. La barba dibujaba una sombra ligera sobre el mentón voluntarioso. La pierna derecha apenas doblada hacia delante, el brazo apoyado sobre el flanco izquierdo y un libro cerrado en la mano, le daban un aire desenvuelto y natural. Quiso leer la inscripción del pedestal pero la nieve, que había caído abundantemente durante los últimos días, la había recubierto por entero. Intentó removerla y no tardó en darse cuenta de que se había congelado. Había que esperar algunos días, quizá varias semanas, para liberar la plataforma del hielo. Todo dependería de las tormentas.

Desde entonces, cada vez que iba al centro, pasaba por Bond Street, tomaba Ash Street, cruzaba Bristol Street y, a la salida de Appian Way, seguía por el sendero del Common, dejaba a un lado el dos veces lúgubre monumento a Lincoln, seguía la bifurcación del caminillo de la izquierda, llegaba al sendero, rodeaba los macizos y, al fin, de espaldas —hombros anchos, caderas estrechas—, aparecía la estatua. Se detenía y, mirándola lentamente, la interrogaba. El enigma no se desvanecía: ¿quién era ese hombre plantado en el centro del invierno?

Esa tarde, de regreso de la librería, a pesar de la abundancia de la nieve, el frío punzante y el peso de los libros que había comprado, la poseyó de nuevo el deseo. Era casi de noche. Las luces del gran edificio de vidrio habían convertido a Bristol Street en un infinito espejo incandescente. Cruzó pronto ese espacio luminoso, llegó a Appian Way —la más famosa de las vías romanas, *longarum regina viarum*, extrañamente transformada en una vereda corta y secreta ni pavimentada de lava ni rodeada de pantanos y cuyas únicas tumbas y monumentos eran ahora dormitorios crepitantes y oficinas alumbradas con gas neón—, cogió por un costado del cementerio —entre las austeras tumbas de

los puritanos del siglo xvii, convertidas en pequeños montículos nevados, una pareja inmóvil se besaba y se adentró en el Common. El parque estaba ya en sombras. Los escasos transeúntes apresuraban el paso y, subidos los cuellos de los abrigos, la cabeza inclinada hacia el suelo y la espalda encorvada, marchaban con torpeza. Se proyectaban en el suelo manchas disformes, sus dobles grotescos de jorobados danzantes. Ahora la nieve tendía un velo brumoso; las sombras de la casa, entre los ramajes de los grandes árboles, parecían moverse y el viento, al soplar en ráfagas bruscas e irregulares, las entrelazaba. El suelo era una masa blanca que oponía a sus pasos una suerte de pasividad obstinada, silenciosa. Terquedad de lo suave.

Mientras avanzaba con dificultad, se cruzó con un muchacho que cargaba una gran guitarra encerrada en una funda. Lo cubría una hopalanda de piel hecha de largos mechones. Una punta de su bufanda de lana le salía por debajo del abrigo, entre las piernas. Era como una cola que arrastraba por el suelo. La nieve había depositado entre su pelo rizado virutas blancas que habían formado unos cuernos—se habría dicho un fauno—. Trotaba, más y más animal. Lo siguió con los ojos hasta que apenas si pudo distinguirlo. Entonces lo vio echarse a correr en cuatro patas. En la senda paralela un hombrecillo, casi un enano, en zamarra de plástico lustroso, creyéndose solo sin duda, se puso de repente a dar brinco, asestando golpes a un adversario imaginario. Un boxeador—¿pero quién ha visto boxear a un enano?—. Más aprisa, cada vez más aprisa, el hombrecillo golpeaba el vacío; después giró tres veces sobre sí mismo y continuó su baile hasta desaparecer en una espiral de nieve. Pasó una mujer alta, cubierta por un impermeable de estampado jirafa. Llevaba entre los brazos una inmensa muñeca de erizada cabellera roja. El pelele estaba desnudo y movía los ojos. Al llegar a su altura, se dio cuenta de que las mechas eran llamas. Una muchacha rubia, sentada en una banca—¿a esa hora y con ese frío?— se penetraba de noche. Su capa negra estaba abierta. Podían verse sus largas piernas diáfanas separadas. Los taxis corrían por la avenida en el otro lado del parque. Apareció un negro colosal, con un capirote y, colgado del cinturón, un manojo de llaves tintineantes. A través del orificio de lana soplaba en sus manos negras; luego se acercó a un árbol, abrió su pantalón—se oyó el sonar de las llaves— y descubrió un pene enorme. La corteza se inundó de blanco.

Las ramas de los árboles agitadas por el viento eran ahora tentáculos. La borrasca había vuelto fluido y movedizo el paisaje, submarino. (Hay árboles pulpos.) Se internó en el sendero. Apenas si se podía ver a un metro de distancia. En un recodo de macizo, como en una celda de muros de niebla, surgió la estatua. Estaba allí: lívido, fantasmal. Había palidecido, el

verde casi ido: parecía un ídolo en el fondo de un templo de bruma. La India, pensó, y sus sadhus cubiertos de ceniza. Las alas del sombrero, los hombros y los labios se habían vuelto blancos; los ojos, húmedos. La nevada era más y más tupida. Opaco, el mundo ya era opaco. Los copos de nieve caían sobre sus pestañas y a duras penas lograba tener abiertos los ojos. Sin embargo, creyó percibir que el hombre había cambiado de postura: su pierna derecha se había enderezado y alineado junto a la otra mientras que el peso de la nieve acumulada sobre sus hombros parecía encorvarlo ligeramente. La filtrada luz de los reverberos de la avenida lanzaba sobre su figura una claridad verdosa, fosforescente. Se acercó. Le pesaban los libros y, para librarse un instante de su agobio, se sentó al pie de la estatua. De repente, lo vio abrir lentamente las piernas, imprimir a su cuerpo un movimiento de rotación—distinguió con absoluta precisión las suelas de sus zapatos—, avanzar y descender sobre ella. Sintió un mareo y se desplomó de espaldas. No vio más que un rayo verde-jade y la cubrió un gran frío, un cuerpo—un hombre—. La penetró un relámpago, la atravesó una quemadura—una vena latía dentro de ella—, se desvaneció en esa fusión de calor y frío que es la combustión de dos cuerpos.

Despertó sobresaltada, sudando, un dolor de metal encajado entre los flancos. Se levantó de un salto y corrió las cortinas: el sol brillaba sobre Bond Street y en el cielo no había ni una nube. Se vistió de prisa. Era domingo y los fieles salían de la iglesia. Cruzó corriendo Ash Street, Bristol Street y Appian Way. La nieve se fundía en la tibieza del día. Entró en el Common. El estruendo de una limpiadora de nieve hacía temblar las casas y sacudía las copas de los árboles. Salpicaduras de luz por todas partes, gavillas de reverberaciones. Sofocada, pasó corriendo la doble estatua de Lincoln, tomó el sendero de la izquierda y después el caminito de los macizos pero... ¿qué?... ¿dónde estaba ella o dónde estaba la estatua? La estatua del hombre... No había podido desaparecer así, de la noche a la mañana—el periódico ese de la universidad lo habría dicho inmediatamente—. ¿La había fulminado un rayo? No había habido tormenta... Rodeó la arboleda. Unos témpanos enormes, vencidos por su peso, resbalaron del alero de un edificio y cayeron con un ruido mate sobre el pavimento, en el otro lado de la avenida. La nieve se deshacía y formaba charcos de agua sucia en el suelo esponjoso. De pronto, descubrió un pedestal que la maleza ocultaba. Alcanzó a leer: “Este puritano ayudó a...” El resto se había borrado. Al lado del pedestal había un gran charco. Se inclinó y su rostro, al repetirse en el agua, tuvo el reflejo verde y oxidado del bronce. —